

Aquel día amaneció laborioso. Aparte de una conferencia en la Pontificia Universidad Católica, me esperaba un desayuno conversado con católicitos, escritores y periodistas (Chile es el país que mayor número de periodistas tiene, en el universo mundo, por kilómetro cuadrado) y un almuerzo entrevistado. Todo aquello había sido auspiciado por la Embajada de Perú y yo tenía que quedar muy bien, muy bien, entre otras razones porque una de las principales demandas de productos peruanos en Chile, según me habían explicado con adiestramiento, se da en el terreno de la cultura. Por la noche, Alfonso Rivero Mosalvo, embajador del Perú y buen amigo, daba un cóctel en mi honor. Y por la tarde... Miré la agenda y qué tal tarde la de aquel día.

O sea que me sometí a una de esas pruebas que tan sólo yo entiendo. Llamé al servicio de habitaciones y pedí mi magro desayuno habitual, a sabiendas de que me esperaba otro, nada habitual en mí. La bandeja con el café y el jugo de naranjas la subió siempre el mismo muchacho sonriente y educadísimo que también me traía el diario "El Mercurio", o sea, que puse una silla detrás de la puerta, a una distancia que me permitiera inclinarme un poco, alargar el brazo, abrirle al muchacho y esperarlo sentado, a lo Montresoro, en una silla. Como el servicio era muy bueno en el hotel, tocoaron pronto, abrí enseguida y el abanderado no pudo menos que sorprenderse al encontrarme tan abundantemente instalado, casi en su camita.

-Estoy sentado -le dije- no bien terminamos de desayunarnos los buenos días. Estoy sentado y a usted le sorprende.

-No, señor -dijo el muchacho, corriendo a depositar la bandeja sobre una mesa y esbaldando pésimamente mal una sonrisa, para agregar, todo lo mal que se pueda agregar enseguida: - Créame que no me sorprende, señor.

-No se preocupe -le dije, añadiendo que el problema era mío y no suyo. Absolutamente mío. Y para no salirme de sus referentes culturales y lograr así que la prueba rindiera sus frutos, maduros o podridos, le pregunté: ¿Le hubiese sorprendido a usted encontrarse a Pablo Neruda sentado aquí, en esta silla, en este mismo lugar, y también en pijama?

-Créame que no, señor -ese respondió el muchacho.

-Muy bien -le dije como quien concluye un largo interrogatorio-. Eso es todo. Puede usted retirarse.

El muchacho se fue totalmente sorprendido y yo me quedé más convencido que nunca.

-De nada vale, Tito -le comentó a Montresoro, mientras me adebaba, agregando una serie de citas cultas en mi descorajo. De Ruiz, por ejemplo, le dije a Tito aquello de "no se puede contra lo que no se puede", que se suena muy culto que digamos, por lo que cambié a algo más fino, de Cernuda: "carácter se destino". Y en la ducha, un lugar en el que ya casi nunca tararara ni canto, agregué, popular: "contra el destino, nadie la talla".

Estuve horas tratando de entrar al cóctel en mi honor, en la Embajada del Perú, pero una desconocida y saludante muralla humana me impedía dar un paso al frente y cada nuevo intento era frenado por dos o tres abrazos con retroceso. Neruda habría logrado entrar en un segundo a un cóctel en su honor. O sea, que la culpa era del destino.

El anochecer me deparó una gratísima sorpresa que celebré con un buen par de vodka tonics en el bar del hotel. Enrique O'Ferrill, hijo de mis excelentes amigos Nancy y Peter Landoltus, no sólo tuvo la gentileza de estar viviendo en Santiago sino que, además, me anunció que sus padres continuaban de embajadores de Suecia en Venezuela. Estaba casi

confirmada mi visita a Caracas en esos días, o sea que, además de todo era muy probable que los lograse ver. Llevaba tiempo sin saber de ninguno de los tres y los imaginaba en Estocolmo.

Enrique continuaba escribiendo y seguía siendo el mismo muchacho optimista, tierno, amante enloquecido de Octavia de Cádiz, el mismo caballero de nacimiento que descubrí en mi primer viaje a Suecia. Hablamos de trujeros, o sea que, hablamos de amor.

Estuve horas tratando de entrar al cóctel en mi honor, en la Embajada del Perú, pero una desconocida y saludante muralla humana me impedía dar un paso al frente y cada nuevo intento era frenado por dos o tres abrazos con retroceso. Recordé entonces la prueba a la que me había sometido esa mañana, en mi primer desayuno, y ya no me cogo la menor duda. Neruda habría logrado entrar en un segundo a un cóctel en su honor. O sea, que la culpa era del destino. Yo simple y llanamente jamás aprendería a entrar a un cóctel en mi honor.

Los embajadores de España, Pedro y Jennifer Bernabeu, fueron uno de los primeros abrazos que reconocí como míos, en un cóctel en mi honor. Y ya desde entonces también me sonrió la vida. Mis tres mosqueteros estaban ahí, Carlos Frana, Arturo Fontaine y Genaro Contreras. Y Tamara y Paulina. Y ahora que lo pienso, ese fue el día en que mis tres mosqueteros se convirtieron en cinco. Literariamente hablando. Porque por la mañana, en la Universidad Católica, Carlos Cerda me había entregado su novela "Morir en Berlín" y

hacia un momento había estado, ahí en la embajada, con José Rodríguez Elizondo, que poco después me haría llegar "Por no matar al General", la quinta novela de gran calidad que leí o releí con motivo de ese inolvidable retorno a Chile.

De aquellos cinco libros tendré que ocuparme en otro capítulo, porque de pronto escuché una voz de gran estatura e inmensa simpatía. "Ya, ya, ya", decía esa voz, y miré para comprobar que, a una altura infinitamente superior a la media del cóctel, mi sobrino Jaime Chocano, tremendo "Big shot", conversaba con alguien.

De paso por Santiago



ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Jaime, qué duda cabe, es lo mejor que ha producido mi familia en muchas décadas. En fin, ya cuando en mi familia sólo se producían cosas malas y cosas peores apareció de pronto Jaime Chocano, todo un caso. Yo sugiero que se haga un gran cóctel familiar en su honor cuando vaya de visita a Lima. Jaime bien puede anunciar el advenimiento de nuevos tiempos en la familia y hasta una suerte de redención total. Jaime podría ser el abanderado de una familia tan renovada que ya pareciera otra, por fin. Es lo que yo deseo, al menos, ardientemente. Una familia cuyos miembros sepan "todos", de nacimiento, entrar a un cóctel en su honor.

Más allá estaban Luis Emilio Balmaceda y Cecilia García Huidobro, su esposa, y comprendí que había llegado mi grande y entrañable oportunidad, en vista de que eran amigos de Jaime y Gabriela, su esposa. Podríamos juntarnos todos el domingo, en la casa en el campo de Luis Emilio y Cecilia. Y así se arregló esa misma noche. Había quedado ya para lo de Isla Negra con mis tres mosqueteros y acababa de concretar lo de mi último día en Chile. O sea, que el cóctel en la Embajada del Perú fue inolvidable, también, porque esa noche se arregló aquel fin de semana sin fin... Porque la canción ha terminado, la sé, lo siento, y cuánto, pero queda siempre en el aire la melodía ("ABC", de Madrid).

De paso por Santiago [artículo] Alfredo Bryce Echenique.

Libros y documentos

AUTORÍA

Bryce Echenique, Alfredo, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

De paso por Santiago [artículo] Alfredo Bryce Echenique. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile